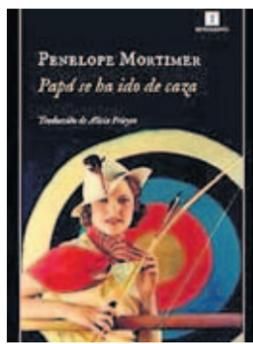




Penelope Mortimer.



Papá se ha ido de caza

Penelope Mortimer

Editorial Impedimenta,
Madrid, 2018; 310 páginas
22,50 euros

necesidades físicas”, y se engañan a sí mismos comprando el amor de mujeres más jóvenes y más liberales (“carentes de complicaciones”) que las esposas que visitan de cuando en vez.

Cuando Angela y Rex, por separado, por supuesto, se asoman a su realidad, sólo aciertan a responderse con los argumentos aprendidos. Él busca la ilusión de volver a ser “atractivo, generoso, ingenioso, incluso” y querría que Angela fuera la mujer que él necesita, la que le vea como él quiere imaginarse a sí mismo. Ella también mira la hoja de respuestas: “debes controlarte, disciplinarte, sacrificar, respetarte”, ser una amable cuidadora.

Paradójicamente, el egocentrismo masculino aprendido y la dedicación femenina asimilada no se funden a lo largo de una vida en común, sino que sus caminos divergen con el paso del tiempo. Pero la costumbre y las buenas costumbres se imponen, y, tras “la última evasión, una plegaria imposible de atender”, maridos y mujeres entran a sus debidos tiempos en el cascarón de una casa que no es un hogar.



Louisa May Alcott.

March, la madre de las adolescentes, que a través del afecto y los mensajes subliminales, inculca a sus cuatro hijas la importancia de la independencia en un mundo dominado por los hombres

Y precisamente nada menos “comme il faut” que aquellos trascendentalistas nacidos al calor de un grupo de estudiantes de la Facultad de Teología

de Harvard, seguidores de Kant, críticos con la sociedad superficial de su tiempo, como dejó patente Emerson en 1838 en el famoso discurso conocido como “The Divinity School Address”. A Jo también se la encuentra en aquella filosofía basada en la intuición y la observación directa de la naturaleza y sus leyes.

El libro sobrevuela el drama de la Guerra Civil que priva a la familia del padre, retenido en el frente. Así que, mientras Beth toca el piano y Meg, la mayor y más reflexiva de todas, lee un libro o ayuda a su madre en la casa, se puede adivinar el gesto irónico de Louisa, que nunca se casó y murió a causa de las secuelas por envenenamiento con mercurio, tras haber sido tratada de fiebres tifoideas contraídas ayudando como enfermera en Washington.

De hecho, sus crónicas de aquella etapa, publicadas en la revista Atlantic Monthly, y su novela “Moods” pronto llamaron la atención de editores y lectores. Louisa era profundamente humana y compasiva, tal vez porque el sufrimiento le resultaba familiar y cercano. Sus frases geniales se cuentan por decenas: “Hasta las personas más insignificantes ejercen cierta influencia en el mundo”. Ella sigue haciéndolo desde hace casi dos siglos. Aunque eso sí, aún sigue siendo noticia que la novelista no se casó y consagró su vida a la literatura y al cuidado de sus familiares.

El enigma de la mujer silente

Decadencia otomana y emancipación femenina en **Las sombras del palacio**, de la relevante pionera turca Suat Dervis

EUGENIO FUENTES

Quien haya tenido el privilegio de demorarse en Estambul habrá encontrado tiempo para recorrer con calma el Bósforo y, con probabilidad, se habrá abismado en la contemplación de los “yali”. Los “yali”, le habrán explicado, son las más de 600 mansiones, algunas inabarcables palacios, erguidas a orillas del Estrecho y que toman su nombre de una palabra turca usada para designar costas y playas. Un bello testimonio, en algunos casos erigido en el siglo XVIII, de la pujanza de la clase dirigente otomana. En la estación buena, las familias de los pachás y otros “efeni” (señores) dejaban atrás la capital para vivir acunadas por las olas de un mar que, cuando se embravece, azota los muros de madera de esas residencias. Algunas, por cierto, figuran entre las más caras del mundo.

Pues bien, uno de esos “yali” es el referente al que alude **Las sombras del palacio**, título de una breve y rotunda novela de la turca Suat Dervis (1903-1972), notable narradora y combativa periodista apenas conocida en España pese a su intensa actividad como feminista y a ser una cumbre de la literatura turca del siglo XX. **Las sombras del palacio**, escrita en francés, fue publicada por Dervis en 1958, durante la década de exilio a la que, desde 1953, la abocó el acoso que le prodigaron las autoridades de Ankara por su incisiva e infatigable defensa de los derechos de las mujeres y los desfavorecidos. Culpa agravada por su matrimonio con el líder del clandestino PC turco, Resad Fuat Baraner.

Dervis, al igual que la protagonista de **Las sombras del palacio**, único de sus títulos disponible en castellano, había nacido en el seno de una familia aristocrática. Esta privilegiada situación –su padre era ginecólogo y su madre hija de una esclava del sultán– le permitió, ya desde la adolescencia, formarse en Alemania, donde se inició como periodista y novelista. En esa etapa de su vida, que clausuró en 1932 con su primer regreso a Turquía, publicó una decena de novelas, bien acogidas en Europa y de nostalgias en su país. En ellas, el género, la clase y la psique femenina conforman las nervaduras de unas tramas a menudo protagonizadas por desheredadas urbanas. Toda una novedad en la narrativa turca.

Las sombras del palacio es ya una obra de madurez, tan admirable por su profunda concisión como por la tenue bruma que desprende. En sus páginas el género y la clase siguen marcando el tono, aunque lo harán de un modo peculiar. En efecto, uno de los cuatro protagonistas de esta novela de doble núcleo es el “yali”, una ruina arquitectónica cuya progresiva decadencia, hasta pudrirse como abandonado almacén de tabaco, es un acabado símbolo del hundimiento y mutación de la antigua clase dirigente imperial tras el advenimiento de la república. Entre sus paredes, cada vez más vacías, irá creciendo Celile, nieta del fallecido pachá que fue tiránico brazo derecho del antepenúltimo de los sultanes y educada por su abuela en el silencio. Ya adulta, y sumida en un enig-



Suat Dervis.



Las sombras del palacio

Suat Dervis

Trad.: Susana Prieto

Ardicia, 120 páginas
15 euros

mático mutismo que salpica de vagos asertos tomados como aquiescencias por los hombres, Celile arrebatará y desconcertará a los dos varones, marido y amante, que acompañarán con seguro y distante parloteo la parte de su vida que la novela recoge en presente.

Uno de los núcleos de la narración se aloja en esa actitud de mujer silente que actúa mientras calla, conocida del lector sólo a través de la euforia y el desconcierto de los dos hombres de cuyo dinero y palabras depende para subsistir. El segundo núcleo, entremezclado con el primero, recorre en el pasado el palacio de largos pasillos en los que hasta los murciélagos se pierden. Mientras el “yali” va trocando en sombras los objetos y presencias de sus más de treinta habitaciones, Celile consume su viaje a la edad adulta. De modo que cuando, al fin, la ruina del palacio otomano la lance al mundo kemalista, la joven se llevará con ella el manto de sombras que la hará indescifrable a los ojos masculinos. Hasta que un día, lección de la feminista Dervis, comprenda el lugar al que la relega la palabra del hombre, incluso enamorado, y tome una decisión. Por supuesto, en silencio. Y vestida de blanco.